

gotá, cubiertos con una lápida que la ingratitud ha tornado mugrosa y desteñida, que ninguna mano caritativa adorna ni ningún ciudadano recuerda. Ni Bogotá, su cuna, ni Venezuela, cuyo libertador fué, ni Colombia, a cuyo servicio consagró su vida, han cumplido la obligación que tienen para con su memoria.

Por eso, pido, respetuosamente, a la Academia Colombiana de Historia, que con su autoridad solicite del Congreso que se va a reunir, expida una ley que ordene que los restos del héroe de la independencia, General Francisco de Paula Vélez, sean extraídos de donde están y colocados en un monumento en mármol, en el Panteón Nacional, la Iglesia de la Vera-cruz, al lado de los demás fundadores de la Patria.

Medellín, 30 de junio de 1926.

Guillermo Jaramillo Btos.

EL CONGRESO BOLIVARIANO Y LA LIGA DE LAS NACIONES

Celebra hoy la América Latina el primer centenario del gran Congreso Panamericano que se reunió en Panamá el día 22 de junio de 1826, a iniciativa del Libertador.

Cosa muy fácil es registrar el hecho, así desnudo, sin desentrañar el mundo de dificultades que para reunir esa magna Asamblea hubo de vencer ese hombre providencial. Pero, remóntese la imaginación a esa época, y se comprenderá, al estudiar las ideas entonces imperantes en punto a solidaridad humana, que Bolívar fué un vidente, un anticipado, un apóstol, un genio. Cuán hermosa y verdadera se vuelve cada vez la bien tajada oración laudatoria del humilde levita de Pucará!

Hoy, en pleno siglo de las luces, después de aplacada la tormenta que en 1914 tronchó ferozmente el árbol de la humanidad, surge, en este mismo Continente, pero entre la población sajona del Norte, un apóstol de la solidaridad universal. Es Woodrow Wilson, el soñador que vino a profanar las tradiciones monroístas. De Monroe a Wilson hay un abismo insondable. Wilson es, para la gran masa de sus compatriotas, un traidor a las egoís-

tas ideas que nacieron con la libertad norteamericana. Monroe quiso que el Atlántico fuese para la nueva Inglaterra un valladar más infranqueable aún que las murallas en donde los chinos albergaron, durante siglos, su espíritu hurraño y sombrío. El quería para Norte América un aislamiento que, librándola de la influencia europea, se convirtiese a la vez en tutela de los pueblos latinos del Continente. ¡Cómo incurren los hombres, al detener la acción ajena, en el mismo pecado que quisieran conjurar!

La figura de Woodrow Wilson se irguió, arrogante, cuando sus catorce puntos cristalizaron en el Tratado de Versalles. La formación de una Liga de las Naciones fué la apoteosis con que el mundo consagró a este apóstol de la paz.

Pero la historia, enamorada siempre del presente y un tanto injusta con el pasado, deja cubrir con las sombras del olvido la obra de los grandes precursores. Alejandro y Aníbal pensaron en el imperio universal, y este pensamiento bulló más tarde en el cerebro de Napoleón I. Pero esos eran planes vulgares y mezquinos, fruto de sanguinarias conquistas, pábulo de apetitos monstruosos. Esos hombres querían el mundo por escabel.

El famoso ministro de Enrique IV y también el Abate de Saint Pierre columbraron el Estado universal. Grocio y Vattel y todos los fundadores del Derecho de Gentes condenaron las guerras y todo lo que turbar pudiera la humana concordia. Pero estas ideas fueron simplemente esbozadas por los que, no teniendo un alma suficientemente exaltada, ni tampoco una grande ocasión de gloria, apenas podían dar voces imperceptibles en ese mar de pasiones y de odios que es el mundo.

Estaba reservado a Bolívar el encender con el fuego de su gran corazón la antorcha que mostrara a los pueblos el derrotero por donde deberían buscar la concordia universal. Allí se extendía, ¡oh garganta preciosa del universo!, ese istmo que el orgullo de una política miope sacó del patrimonio colombiano. Besaban sus rompientes las aguas apacibles del Océano de Balboa, y las lamían también, por el lado del Norte, las ondas intranquilas del Atlántico. Tal era el punto en que el cerebro genial de Bolívar asentaba la capital del mundo. Equidistante del Asia y de Europa, sería el futuro Canal de Panamá el corazón del universo. Allí los anfictiones

que, a manera de gigantesco areópago, gobernasen la comunidad de las naciones, conjurarían las guerras, dirimirían pacíficamente las discordias internacionales, darían un mentís a la sentencia en que Plauto hizo de los hombres una manada de lobos carnívoros.

Tal fué el fin que el Libertador se propuso al convocar, para el 22 de junio de 1826, el gran Congreso de Panamá, al cual fueron invitadas todas las naciones americanas. Ciertamente es que esa magna Asamblea fracasó en sus planes primordiales. Pero no es menos cierto que ella fué el punto de partida de la importante serie de conferencias panamericanas que hasta hoy se han reunido en este hemisferio del mundo.

No fué, pues, Woodrow Wilson el creador de una idea genial. Su grande espíritu es, a pesar de su grandeza, una opaca figura ante el espíritu glorioso del gran Libertador. ¿Quién habló antes de unión universal en desarrollo de una idea cristiana? Tan sólo los conquistadores habían expresado sus rapaces tendencias. Pero este conquistador de nobles ideales; éste que libró de la férula española al mundo de Colón; éste que asentó su gloria sobre las nieves de los Andes y que engendró cinco Repúblicas, tuvo el sublime proyecto—único caso en el mundo—de usar de su prestigio y de su fuerza, no para abatir otras testas coronadas, ni para subyugar pueblos o extender los dominios de su patria, sino para implantar, por medio de una unión universal, el reinado de la paz y del amor. ¡Así se sube con derecho al pináculo de la gloria!

El Congreso de Panamá no fué, a pesar de todo, sino el aborto de una concepción genial. Desgraciadamente, sobre el genio del bien se cierne siempre el genio del mal, en tratándose de humanas empresas. Era preciso que Monroe figurase ante el mundo del siglo XIX como el único creador de una idea americana. Y precisaba también que fracasara el altísimo plan bolivariano, insalvable estorbo a las tendencias que un día habrían de engendrar un Roosevelt.

¡Y pensar que los Estados Unidos de América fueron siempre los árbitros del mundo! Si la estudiada morosidad del Gobierno Americano para acreditar sus delegados al Congreso de Panamá, fué una de las principales causas del fracaso de la magna Asamblea, no es menos cierto que hoy día, cuando sesiona en Ginebra la

Sociedad de las Naciones, es ese mismo Gobierno el autor intelectual que mueve desde la sombra a la cancillería fluminense y provoca, por su conducto, el fracaso definitivo de los planes wilsonianos. Que esta comedia de fantoches sea o nó conveniente a la América Hispana, es cuestión que ahora no discutimos. Pero sí observamos que, al cabo de un siglo, es esa misma mano la que borra, brutal, las dulces leyendas de paz y de amor.

Medellín, 10. de julio de 1926.

Alfonso Uribe Misas

CONGRESO DE PANAMA

Cúmplense hoy cien años de la reunión, en la capital del Istmo, de la Asamblea americana de 1826, suceso de cardinal importancia en los anales diplomáticos de este continente, debido a la visión intensa y adivinadora de Bolívar anterior a la de Santiago Monroe, el brillante estadista norteamericano, como lo patentiza su correspondencia desde 1815. Con motivo de este primer centenario, se congregan hoy a la orilla del Canal los representantes de diversas nacionalidades de las que constituyen el continente de Colón.

Concurrieron a dicho Congreso: Pedro Gual y Pedro Briceño Méndez, delegados por la Gran Colombia; Pedro Molina y Antonio Larrazábal, por Centro América; Manuel de Vidaurre y Manuel Pérez de Tudela, por el Perú; José Mariano Michelena y José Domínguez, por México. Los delegados bolivianos no recibieron oportunamente sus credenciales, y, por lo tanto, no asistieron. En las deliberaciones no participaron, aunque sí estuvieron en Panamá Mr. E. Davokins, por la Gran Bretaña, y el coronel Van Veer, por el rey de los Países Bajos, cuya misión era privada. Los Estados Unidos no tuvieron representantes en aquella Asamblea anfictiónica. El Gobierno de Chile difirió, sin negarse redondamente, el envío de delegado porque, decía, correspondía al Congreso hacer tal nombramiento, y el de Buenos Aires negóse desde un principio a acreditar su representante, achacando a Bolívar miras aviesas contra las demás Repúblicas americanas.